

# Editorial

¿Quién soy? ¿En dónde estoy? ¿Hacia dónde me dirijo? ¿Cómo me llamo? ¿Qué es la Vida Religiosa? ¿Cuál su papel en el contexto actual? ¿Cuál es nuestro “carisma”? ¿Por dónde va la formación? ¿Qué tipo de formación tenemos, ofrecemos o deberíamos ofrecer? ¿A quién se destina esta formación?



Ir. Paulo Petry, FSC  
Presidente de la CLAR

No, no estoy confundido al hacer tantas preguntas. Sencillamente tomo el tema central de esta edición de la revista e intento presentar las inquietudes, las líneas de pensamiento y las certezas ofrecidas por diversas/os teólogas/os, sobre el futuro de la Vida Religiosa (VR) en América Latina y El Caribe.

El tema “Identidades: Futuro de la Vida Religiosa” nos estimula a una dinámica que nos lleva a descubrir lo nuevo como un gran desafío y a vivirlo como oportunidad significativa. Lo nuevo, en el proceso de construcción de la Identidad, es la fuerza capaz de sacarnos de la inercia, la fuerza que nos lanza hacia adelante, la fuerza capaz de transformarnos, transfigurar-nos e identificarnos como personas y comunidades, con carisma, misión y espíritu muy propios.

Carisma, misión y espíritu, asumidos en una institución religiosa que al mismo tiempo busca agua en la fuente original y está atenta al actual momento que vive la Iglesia, la Sociedad, los reclamos del ser humano, de la naturaleza y del cosmos. En palabras de José María Vigil, CMF, los cuestionamientos sobre la Identidad y el futuro de la Vida Religiosa deben “también incluir la pregunta

por la identidad: ¿Quiénes somos los miembros de esta “familia espiritual” en la Iglesia? ¿Qué nos distingue? ¿Cuál es nuestra peculiaridad, nuestra especificidad, nuestra misión?”

Al intentar contestar estas preguntas, personal y comunitariamente, damos un paso importante de integración en el proceso que dibuja nuestra identidad. Identidad que, no es estática, no es rígida ni inmutable. Insertos en un momento histórico determinado, en un contexto cultural, eclesial, social, político y geográfico somos conocedores de que todo cambia. El todo (y en este “todo” también la Vida Religiosa, y cada Religiosa/o) hace parte de un movimiento continuo, un proceso que deconstruye y construye, que vive una vital tensión entre el “quedarse” y el “avanzar”, entre lo que nos llama a la acomodación y lo que nos empuja a transformar el mundo.

Es muy conocida la canción de Mercedes Sosa que en una de las estrofas nos dice: “Cambia lo superficial, cambia también lo profundo, cambia el modo de pensar, cambia todo en este mundo”. De modo parecido, nuestra identidad también cambia con lo nuevo que surge y que ayudamos a generar. Lo nuevo que aparece en los escenarios actuales de América Latina y El Caribe, en Institutos, Congregaciones y Órdenes capaces de evaluarse, dejarse interrogar y plantear nuevas formas de ser místicas/os profetas en el mundo.

“Cambia, todo cambia”, incluso cambia la identidad de la Vida Religiosa, cuando iluminada por la Palabra, es capaz de “escuchar a Dios donde la vida clama”. Cambia nuestro modo de ser al contactar los sujetos emergentes, ya sea en nuestras comunidades religiosas, ya sea en la sociedad actual, en el campo, en la ciudad, en los barrios, en las escuelas, en los hospitales, en las obras sociales, en los grupos juveniles, en los grupos de señoras, en las personas mayores. Cambia nuestro modo de ser, y cambia nuestra identidad, siempre cuando descubrimos el rostro y la persona de Cristo donde la vida está amenazada.

Lo nuevo según José María Arnaiz, SM, “además de un desafío, lo debemos presentar como una oportunidad”. Y cuando lo nuevo irrumpe en nuestro existir, normalmente nos causa alguna inconformidad (malestar), algún dolor que en ocasiones nos hace sufrir, ya que exige cambios para que la nueva identidad real pueda afirmarse de otra manera de la que conocíamos y asumíamos.

El proceso de construcción del futuro de la Vida Religiosa no es sencillo y por ello, implica un trabajo serio, personal y comunitario, exige una formación inicial-permanente que contemple el sujeto integral. Como afirma Pierre Jubinville, CSSp, en esta edición de la revista:

Hoy en día, hace falta una introducción seria no sólo en el ámbito filosófico y teológico para elaborar un mapa útil de la realidad. Hace falta vivir nuestra integración a partir de nuestras formaciones específicas, de todas las formaciones (ej. salud, educación, administración, etc.)

Y concluye Pierre,

Querer una formación más integradora y más decididamente abierta, no es simplemente arreglar nuestra casa, es aportar a nuestro mundo, como lo hicieron generaciones anteriores en la VR, forjando espiritualidad, lanzando proyectos, impulsando nuevos estilos de vida y comunicando su fuego a las/os demás.

Por esto somos llamadas/os a ser: forjadoras/es de la nueva humanidad, formadoras/es de identidades que sean el nuevo rostro de la Vida Religiosa, hermanas y hermanos capaces de narrar su identidad, y aptas/os a oír la narración del prójimo. Por supuesto, el narrar la identidad (concepto bastante elaborado por Paul Ricoeur) supone de nuestra parte una apertura importante al Espíritu y al prójimo. Como nos lo recuerda la Hermana Vera Ivanise Bombonato, FSP, “La identidad narrativa consiste en construir la propia identidad personal, comunitaria e institucional a partir del acto de narrar las respectivas historias, iluminando el presente y proyectando para el futuro”.

En el contexto plural que nos toca vivir, la Hna. Vera en su artículo sigue insistiendo en algo que, de modo un poco distinto, se había afirmado anteriormente:

La identidad en la Vida Religiosa requiere un doble y constante movimiento: de retorno a las raíces bíblicas y de actualización. Nos exige, por consiguiente hoy, la urgente tarea de volver a la radicalidad del seguimiento de Jesús y a actualizarlo en el contexto presente.

Esta radical opción por Jesús puede así venir a justificar un pequeño cambio de concepto que trabajamos antes. Ya que todo cambia, cambiemos el mismo enunciado: “Todo cambia, o casi todo...” Lo único que no debe, no puede y no podemos cambiar es nuestro amor primero, nuestra opción fundamental y radical por Jesucristo. Amor que se expresa a través de nuestra opción por aquellas/os por las/os cuales también Él optó, por las/os cuales entregó su vida. Y muy bien lo sabemos, a quien se dirigía la mirada de Jesús, a quien Él oía, a quien visitaba, a quien acogía y manifestaba su misericordia y su compasión.

De ojos y oídos abiertos, seremos capaces de expresar quiénes somos y quiénes queremos ser las/os Religiosas/os en la Iglesia y en el mundo de hoy, teniendo como centro inspirador la Palabra, como decía San Juan Bautista de La Salle, “Somos llamados a mirar todo con los ojos de la fe”. Por lo tanto, si mantenemos los ojos fijos en Jesús, todo puede cambiar y nos dispone a actuar de acuerdo con su propuesta. Sin embargo, aunque nuestra identidad cambie, no debe cambiar nuestra respuesta amorosa al llamado de Dios en la realidad, lo que supone reflexión, narración, oración y acción.

Nuestra respuesta al llamado no sólo la damos una única vez, sino que la repetimos y reafirmamos cada día, cuando continuamos formándonos y asumiendo nuestra identidad que se construye en el caminar. Por eso, hablando del papel de la formación inicial-permanente en la constitución de la Identidad de la Vida Religiosa, y la importancia de la formación integral en la conformación de la identidad de las propias Religiosas/os, es importante tener siempre a Jesucristo como nuestro ejemplo, prototipo de cambio (ruptura con lo instituido, con lo tradicional, con lo que ya no sirve, con lo que fue adulterado por la historia, la cultura, por la ley y por la misma religión) e ideal de fidelidad al Reino y al Padre, “haciendo-se obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil 2,8).

Lo anterior, en el horizonte inspirador de este trienio de la CLAR, lo hemos traducido como “fidelidad al Reino hasta el martirio”. Al presentar a Jesús como guía para la “Formación ‘una’” Pierre Jubinville nos dice:

En Jesús, se ‘une lo humano y lo divino’ (Cf. Pregón Pascual): Él es nuestro modelo de ‘hombre integrado’, no por algún ‘milagro’ objetivo y fuera de nuestro alcance, sino por sus decisiones humanas. Contemplar su vida

es mirar nuestra propia realidad. Debemos atrevernos a entrar más en esta meditación como hermanas y hermanos de Él.

Al asumir lo nuevo que se manifiesta por doquier y al narrar al mundo nuestra identidad, seguimos cantando con Mercedes Sosa que todo cambia, “pero no cambia mi amor por más lejos que me encuentre, ni el recuerdo, ni el dolor de mi pueblo y de mi gente”.

Si en un párrafo anterior, con la cantante argentina, decíamos que todo cambia, incluso nuestra identidad, con ella ahora cantamos que lo único que no puede cambiar es nuestro amor, compasión y misericordia con las personas a las cuales somos enviadas/os como misioneras/os para anunciar lo nuevo, la Buena Nueva que sigue iluminando nuestra realidad, nuestros carismas, nuestro modo plural de ser y nuestra identidad que se renueva y recrea, para mantenerse siempre actual.